

LA GRAN CIUDAD
REPLANTEA Y DESAFÍA A LA
PASTORAL URBANA
HACIA LA CIUDAD DE LA
MISERICORDIA

Olga Consuelo Vélez Caro

Sumario: En este artículo se reflexiona sobre los desafíos que las grandes ciudades plantean hoy a la misión evangelizadora de la iglesia. Se propone asumir la ciudad como lugar teológico y abordarla desde los pobres, en primera instancia. Desde allí anunciar el evangelio de la misericordia capaz de dar respuesta a la injusticia social y acercarse a otros desafíos actuales como son la autonomía de las realidades terrestres, la pluralidad cultural y religiosa, la realidad de la mujer, el problema ambiental y la urgente conversión pastoral y eclesial a la que ha convocado el Papa Francisco. En definitiva, se propone construir ciudades donde la misericordia sea el principio transformador de la realidad.

Summary: In this article we reflect on the challenges that the big cities pose today to the evangelizing mission of the church. It is proposed to take the city as a theological place and address it from the poor, in the first instance. From there announce the Gospel of the compassion, capable of responding to social injustice and approach other current challenges such as the autonomy of terrestrial realities, cultural and religious plurality, the reality of women, the environmental problem and the urgent conversion pastoral and eclesial to which Pope Francis has called. In short, it is proposed to build cities where the compassion is the transforming principle of reality.

Palabras clave: Pastoral urbana, misericordia, transformación social, conversión eclesial.

Key words: Urban pastoral, compassion, social transformation, eclesial conversion.

Fecha de recepción: 7 de diciembre de 2018

Fecha de aceptación y versión final: 15 febrero 2019

1. Introducción

En este artículo pretendo profundizar en uno de los posibles acercamientos que podemos hacer a la realidad de las grandes ciudades desde la experiencia de fe. Me refiero a la “misericordia” entendida como espiritualidad y como praxis frente al inaplazable desafío de la injusticia social. A partir de este horizonte haré referencia a

otros desafíos –pluralidad de las culturas, presencia de las mujeres en las ciudades, etc.–, interpelaciones actuales a la hora de querer realizar una acción evangelizadora eficaz y significativa en las grandes urbes¹.

En primer lugar queremos detenernos en la ciudad pero desde un intento de dejarnos interpelar por ella. Es decir, no queremos simplemente describir cómo son las ciudades y todas las contradicciones que albergan, sino intentar inferir en qué sentido la ciudad es “lugar teológico” hoy, es decir, de qué nos hablan –a la luz de la fe– las ciudades y cómo podemos responder a su llamado. En otros términos, es un esfuerzo por poner en práctica el VER del método pastoral latinoamericano tan apreciado por la porción de iglesia que desde hace 50 años lo ha puesto en práctica y que hoy, por ese empeño del Espíritu, parece ser apoyado por el actual pontificado. En un segundo momento buscaremos JUZGAR las preguntas que nos suscita la ciudad, desde la misericordia como horizonte teológico. Finalmente, señalaremos algunas líneas de ACCIÓN que nos empujen a una conversión pastoral desde la misericordia como espiritualidad y como praxis.

2. VER: ¿De qué manera las grandes ciudades son un “lugar teológico”?

Las ciudades han sufrido transformaciones inmensas a nivel social, ecológico y cultural en este último siglo. Especialmente las llamadas “megaciudades” se han tornado ámbitos más agresivos y también más frágiles para sostener la vida de las comunidades. Ofrecen muchos avances a nivel tecnológico y científico. Proveen más comodidades a nivel de vivienda, educación, salud, transporte, recreación, etc., pero, al mismo tiempo, son centros de la mayor desigualdad social que se manifiesta en la estructura urbana, la tugurización, desorden migratorio, exclusión, xenofobia, contaminación ambiental, entre muchos otros aspectos².

De manera similar, el Documento de Aparecida describe lo que acabamos de afirmar pero quiero detenerme en cada una de sus afirmaciones porque me parece interesante profundizarlas un poco más. En primer lugar, parte de una evidencia innegable: “Las ciudades son nuestro hábitat actual y es en ellas donde las culturas se gestan imponiendo nuevos lenguajes y nuevas simbologías (Documento de Aparecida 510). Es decir, este es un fenómeno irreversible y por mucho que “salgamos al campo” los fines de semana, nuestro hábitat es este y hemos de conocerlo, asumirlo y contribuir a su transformación. Somos ciudadanos y eso ya nos constituye. Pero ¿somos conscientes de los nuevos lenguajes y las nuevas simbologías que se van instalando y que nos van constituyendo? El lenguaje de la imagen, de la inmediatez, de la pluralidad, del secularismo, del individualismo, del ruido, de la aglomeración, de la desconfianza, -y cada uno podrá ir señalando más lenguajes propios de las ciudades, ¿los reconocemos en nosotros? ¿vamos asumiendo sus consecuencias? ¿hemos

¹ Estos temas los traté en mi artículo, O.C. VÉLEZ, “Pastoral urbana en América Latina: pistas de Acción”: *Theologica Xaveriana* 179 (2015) 23-50.

² Para un estudio sobre las ciudades ver: AA.VV. “Ciudades de hoy y mañana”: *Revista TEMAS. Cultura, ideología, sociedad* 48 (2006), en línea: <http://www.temas.cult.cu/revista/48/ciudades-de-hoy-y-de-ma-ana> (Consulta del 7 de septiembre de 2018).

caído en la cuenta de cómo afectan nuestra pastoral? Casi siempre pensamos en los otros y no comenzamos por nosotros mismos.

En segundo lugar, Aparecida explicita la división de clases que sigue vigente en las ciudades (aunque ese lenguaje de clases, propio del marxismo, lo queramos dejar de lado): En ellas conviven diferentes categorías sociales tales como las élites económicas, sociales y políticas; la clase media con sus diferentes niveles y la gran multitud de los pobres (DA 512). Es decir, la “brecha inmensa entre ricos y pobres” de la que nos habló Puebla (28) hace 40 años, no ha disminuido sino que se ha profundizado. ¿Qué significa eso para la misión de la iglesia? Porque le echamos la culpa a las políticas sociales –y la tienen- pero ¿qué nos hemos jugado como iglesia para impedir la profundización de esa brecha?

Y, en tercer lugar, describe la realidad de las ciudades con binomios que muestran bien la tensión dialéctica con la que nos encontramos continuamente (DA 512):

- El binomio tradición-modernidad: me hace pensar en la llamada del Papa a los obispos en la *Evangelii Gaudium* (31): han de ir adelante, detrás y en medio del rebaño. Es decir nos tenemos que saber movernos, al mismo tiempo, en las diferentes fases de la significación con sus distintos campos –en palabras de Bernard Lonergan³, para saber integrar a todo el pueblo de Dios que peregrina en los diversos horizontes.
- Globalidad-particularidad: ¿Tenemos la capacidad de responder simultáneamente a las demandas globales y la construcción de la comunidad particular?
- Inclusión-exclusión: ¿cuántos continúan excluidos de nuestras iglesias particulares?
- Personalización-despersonalización: ¿cuál es la experiencia de los fieles en su comunidad local? ¿es un espacio para el reconocimiento personal? ¿cuándo romperemos con la masa de fieles de nuestros grandes templos que no se conocen en absoluto?
- Lenguaje secular-Lenguaje religioso: ¿Hemos asumido la autonomía de las realidades terrestres como lo afirma la *Gaudium et spes* (36)?
- Homogeneidad-pluralidad: ¿qué pasos hemos dado para aceptar la diversidad en la unidad?
- Cultura-culturas: ¿qué tanto asimilamos la realidad pluricultural y plurirreligiosa en la que hoy vivimos? ¿cuánto hemos aprendido a hablar en “plural”?

Todas las preguntas que he hecho se sitúan en ¿de qué manera nosotros –me refiero a la iglesia- hemos cambiado? Y esto porque dicha configuración es irreversible. Por mucho que añoremos ese tiempo pasado que parece haber sido mejor, ese tiempo ya no es el nuestro y es a esta realidad a la que tenemos que responder.

Pero como dije al inicio, no quería simplemente describir las ciudades hoy –que con seguridad muchos las describen mejor- sino llegar a formularnos la pregunta ¿qué nos dicen las ciudades hoy a nuestra fe cristiana? ¿De qué manera nos interpelan? En

³ B. LONERGAN, *Método en Teología*, Sígueme, Salamanca 1988, 84-92.

este sentido me parece que las palabras de Jesús en el evangelio de Lucas (19, 41-42) cuando contempla Jerusalén son muy pertinentes: “Ojalá tú también reconocieras hoy lo que conduce a la paz”. Jesús le habla a la ciudad de Jerusalén pero hoy nos habla a nosotros, los que conformamos las ciudades y los que pretendemos evangelizar las ciudades. Ojala reconociéramos en las ciudades al Dios que vive en ellas⁴ –como se ha afirmado tantas veces en los diversos encuentros y publicaciones sobre Pastoral Urbana- y supiéramos responder a sus llamadas. Precisamente la ciudad se convierte en un “lugar teológico” privilegiado en el que hemos de construir “los caminos del Reino, en sus calles, de la mano con sus gentes, tratando de vivir el evangelio en este siglo XXI”⁵.

3. JUZGAR: principio compasión-misericordia⁶

Si nuestra tarea consiste en construir o acoger el reino de Dios en las ciudades, hemos de preguntarnos “cómo”. Y aquí la alternativa es mirar al anunciador del reino y seguir su mismo camino. Por eso el texto de Lc 4, 18-20, sigue siendo programático para nosotros: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Noticia, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor (...) Esta Escritura que acaban de oír, se ha cumplido hoy”. El texto nos remite al “desde dónde” leer el lugar teológico que es hoy la ciudad para responder a sus desafíos.

3.1. Desde los pobres

Jesús empieza el anuncio del reino desde los pobres y lo que les anuncia es la liberación de las condiciones que les oprimen. Este mensaje es vigente para las ciudades hoy en las que los que siempre “salen perdiendo son los pobres y el ecosistema. Son víctimas de los desplazamientos generados por desarrollos urbanos que se dan a expensas del excedente del capital, como ha ocurrido en muchas partes del mundo”⁷. Ambos –los pobres y el ecosistema- sufren la explotación desmedida en nombre del “lucro”, del “progreso”, del “poder”. Las consecuencias para inmensas mayorías son la exclusión, la invisibilización, el desarraigo, el desplazamiento, la pobreza, la miseria.

Mirar la ciudad y pretender hacer un juicio -desde la fe- sobre ella, nos invita a hacerlo desde los pobres, los últimos que habitan en las periferias geográficas y exis-

⁴ Documento de Aparecida N° 514. Título del I Congreso Internacional de Pastoral Urbana “Dios habita en la ciudad” (2007). Título del libro de C. GALLI, *Dios vive en la ciudad*, Ágape, Buenos Aires 2011.

⁵ A. CAMARGO, *Hacia la ciudad de la misericordia. Rutas de Pastoral Urbana*, 248.

⁶ Esta expresión ha sido trabajada por el P. Alberto Camargo, como lo dijimos antes, pero fue asumida en la investigación “Lineamientos teológico-pastorales para el acompañamiento a personas en situación de desplazamiento. Un aporte desde la pastoral urbana”, en la que él participó con un grupo de profesores de la Universidad Javeriana. Los resultados se ven reflejados en varias publicaciones, entre ellas: C. VÉLEZ, *et al.*, “El desplazamiento forzado: un desafío a la pastoral suburbana”: *Franciscanum* 161 (2014) 221-261; C. VÉLEZ, A. SIERRA, S. BECERRA, “Espiritualidad urbana de la samaritanidad”: *Cuestiones Teológicas* 98 (2015) 391-415.

⁷ A. CAMARGO, *Hacia la ciudad de la misericordia*, 248.

tenciales (EG 20.30.46.63). La *Evangelii Gaudium* nos ofrece un sinnúmero de razones para tomar esa postura y ser coherentes con ella: “La opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica” y esto porque “Dios les otorga su primera misericordia” (198). Los pobres tienen un sitio preferencial en el corazón de Dios (197) y esta preferencia tiene consecuencias para la vida de los creyentes: ellos tienen mucho que enseñarnos –nos evangelizan–, conocen al Cristo sufriente en sus propios dolores y la nueva evangelización ha de ponerlos en el centro de su camino, reconociendo la fuerza salvífica de sus vidas (198). Los pobres para el Papa Francisco son los pobres reales, no los pobres “espirituales” como tantas veces se oye decir a aquellos que parecen huir de la radicalidad del evangelio. Los pobres son aquellos en los que hay que descubrir a Cristo y prestarles nuestra voz para sus causas, además de ser sus amigos, escucharlos, interpretarlos y recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos (198). La auténtica opción por los pobres no utiliza a los pobres sino que los ama realmente y los acompaña adecuadamente en su camino de liberación (199). Más aún, nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social ni puede mantenerse lejos de los pobres argumentando que sus opciones de vida les implican prestar atención a otros asuntos. Para el papa “no deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre los pobres son los destinatarios privilegiados y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del reino que Jesús vino a traer” (48). Los pobres también son “pueblo” y en ese sentido se ha de escuchar el clamor de pueblos enteros. Es tarea de todos crecer en solidaridad de manera que todos los pueblos puedan llegar a ser por sí mismos artífices de su destino (190).

Tomar este lugar, hacer una lectura teológica desde los pobres, es la posibilidad de tener una “Iglesia pobre y para los pobres” (198) porque Jesús escogió en su encarnación el camino de los últimos, se hizo pobre y desde allí hizo su oferta de salvación para todos, como lo vimos en el texto de Lucas al que nos referimos anteriormente.

Las Conferencias episcopales latinoamericanas y del caribe, nos han hablado de los rostros de los pobres y Aparecida lo amplía y los describe detalladamente: las comunidades indígenas y afrodescendientes, las mujeres, los jóvenes, los pobres, desempleados, migrantes, desplazados, refugiados, campesinos sin tierra, niños y niñas sometidos a la prostitución infantil, millones de personas que pasan hambre, portadores y víctimas de enfermedades graves, secuestrados, ancianos, presos, víctimas del tráfico de personas, tóxicos dependientes, personas con capacidades diferentes, personas que viven en las calles de las grandes urbes, los excluidos por el analfabetismo tecnológico, mineros, etc. Todos estos excluidos, no son solamente explotados sino sobrantes y desechables (DA 65, 402, 407), a todos ellos se les niega la “vida digna y plena” que es derecho inviolable para todos. Mirar las urbes desde los pobres nos sitúa en la dimensión social de la evangelización ya propuesta en la *Evangelii Nuntiandi*⁸ al hablarnos de la promoción integral y de la liberación de todo lo que oprime al ser humano (EN 9). El evangelio se encarna en la vida concreta de la gente y con sus necesidades actuales. No es un evangelio desencarnado sino comprometido con la vida de todos los seres humanos. La Pastoral urbana

⁸ Publicada el 8 de diciembre de 1975.

podría seguir este camino para descubrir las posibilidades que se le abren cuando se busca ser fiel a la intuición original del evangelio.

3.2. Principio compasión-Misericordia

Hemos propuesto entonces, salir a las ciudades y mirarlas desde un lugar: desde los pobres y esto, por razones de “Evangelio”. Precisamente, en este horizonte, me parece muy dicente un hecho vivido por el Papa Francisco en su visita a Colombia en 2017. Francisco visitó un país que quería dar pasos hacia la paz, después de vivencias desgarradoras: más de 8 millones de víctimas, más de 2000 masacres, más de 82 mil desaparecidos, más de 3.000 falsos positivos (campesinos a quienes algunos del ejército los engañaron y los mataron para hacerlos pasar como objetivos vencidos de la guerrilla). Pero también un país dividido entre los que han vivido este conflicto en su propia piel y entre los que lo han vivido desde las márgenes, coincidiendo estos últimos con los que viven en el centro de las grandes ciudades –porque la mayoría de las víctimas viven en las periferias-. El Papa antes de hablar tuvo un gesto que dijo mucho más que todos sus discursos: rezó ante la imagen del Cristo mutilado de Bojayá. Este Cristo fue el que quedo después de que en el 2002, en uno de los ataques de la guerrilla, la gente se refugió en el templo para evitar la muerte pero hasta allí llegó un cilindro bomba que mató a más de 119 personas, la mayoría mujeres y niños. La oración del Papa quiso expresar que para contemplar un drama de esa magnitud solo queda “ponerse en los zapatos de las víctimas” y desde allí escuchar sus testimonios. Así sucedió aquella tarde y el Papa invocó por la paz, no desde la teoría de los vencidos y vencedores, sino desde el dolor de las víctimas que no da tregua.

La situación de Colombia es única en esos aspectos, pero puede convertirse en referencia universal porque una situación límite puede ayudarnos a despertar a todos. Ahora bien, la situación de injusticia estructural con una inmensa mayoría de pobres, es un patrimonio compartido que nos hermana y nos permite buscar caminos conjuntos. Aquí es donde la propuesta de contemplar las ciudades desde el lugar de los pobres, puede ser un punto de partida común y, sobretodo, un punto de partida desde el evangelio.

El conocido teólogo alemán, Johann Baptist Metz, quien acaba de cumplir 90 años, ha contribuido a la teología política con una afirmación fundamental: “No existe ningún Dios que se puede adorar a espaldas de la historia del sufrimiento del mundo”. De ahí su propuesta del “principio compasión misericordia” que se constituye por tres categorías: memoria de las víctimas, compasión ante el sufrimiento y autoridad de los que sufren¹⁰.

La memoria es la condición de imposibilidad del olvido del sufrimiento de las víctimas. Es la “memoria passionis” de la tradición bíblica. El Dios bíblico mantiene

⁹ M. ZECHMEISTER, “Metz me enseñó que los cristianos esperan una revolución que incluya a las víctimas”: en línea: <http://www.periodistadigital.com/religion/opinion/2018/08/05/martha-zechmeister-metz-iglesia-religion-dios-jesus-teologia-ellacuria-salvador-romero.shtml> (Consulta del 18 de septiembre de 2018).

¹⁰ J. B. METZ, “Compasión. Sobre un programa universal del cristianismo en la era del pluralismo cultural y religioso”. En J.A. ZAMORA, (Coord.). *Foro “Ignacio Ellacuría. Solidaridad y cristianismo. Radicalizar la democracia”*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2001, 263-276.

esta memoria, las víctimas no olvidadas se convierten en criterio decisivo para la salvación que Él otorga. Su autoridad, como sujetos sufrientes, radica en que son sujetos de identidad, son el rostro mismo de Cristo sufriente en ellos y ellas. La pregunta por la atención al dolor de los sufrientes determina la salvación de los seres humanos (Mt 25, 31-46). La compasión es la respuesta inmediata al sufrimiento de las víctimas, como lo expresa la parábola del buen samaritano (Lc 10, 25-37)¹¹. Es la sensibilidad ante el sufrimiento de los demás, según el estilo de vida de Jesús. Ese actuar muestra la unidad profunda entre el amor a Dios y el amor al prójimo. El interés propio cede ante la desgracia de los demás. El buen samaritano lo entrega como “una indeleble huella narrativa dejada por Jesús en la memoria de la Humanidad”, es la irrupción de la “pasión por Dios, como compasión, como mística política de la compassio”¹². La compasión va unida a la memoria porque solo quien mantiene el recuerdo de los que sufren se empeña en trabajar porque la historia no se repita, sino que se supere. Al mismo tiempo, exige la lógica de la asimetría, donde la preocupación por las/los otros/as supera la relación simétrica que nos sitúa en lo inmediato y, en términos económicos, en la lógica del mercado. La asimetría responde a una articulación entre política y moral, donde la pregunta por la suerte del otro, ocupa un lugar central. Para Jon Sobrino, la mirada sobre la condición de sufrimiento de los pobres sobrepasa notablemente la simple construcción teórica a la que estamos acostumbrados. La acción pensante va mucho más hondo. “Si la razón no se torna –también– en razón compasiva y si la teología no se torna –también– en intellectus misericordiae– mucho me temo que dejaremos a los pueblos crucificados abandonados a su desgracia, con muchas razones y con muchas teologías. Si no hay una respuesta ante el sufrimiento de los pobres tenemos una fe idolátrica”¹³.

Desde ahí proponemos que la evangelización parta de esa actitud fundamental: la misericordia. Y la iglesia ha de contribuir a la construcción de las ciudades desde la misericordia. Este será su mejor aporte. Porque el ritmo de las ciudades continúan. Estas son obra de todas las personas que habitan en ellas. La iglesia que se dice a sí misma “experta en humanidad” (Pablo VI, discurso a la ONU, 5-10-1965) lo será si sabe aportar lo que tiene para ofrecer incondicionalmente: la misericordia para con todos, empezando por los últimos de cada tiempo presente.

¿Cómo sería una Pastoral urbana de la misericordia? Situada en el principio compasión–misericordia de Metz, implicaría la denuncia y el anuncio frente a la injusticia estructural que se contempla en las grandes ciudades. No podría ser una pastoral de sectores especializados sino una lectura que desde un lugar social, irradie lo más propio del evangelio de Jesús que hoy retoma el Papa Francisco en su magisterio. Es seguir haciendo lo que hacía Jesús, reflejado en la parábola del Buen Samaritano (Lc 10, 29-37) o a la manera como Mateo 9,36 nos cuenta que reaccionaba Jesús ante el dolor de los demás: “Jesús al ver la muchedumbre, sintió compasión de ella porque

¹¹ Para una exégesis de la parábola Cf. J. FITZMYER, *El evangelio según Lucas III. Traducción y comentario* 8,22-18,14, Cristiandad, Madrid 1978, 276-291.

¹² J.B. METZ, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Sal Terrae, Santander 2007, 165.

¹³ J. SOBRINO, *El principio misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*, Sal Terrae, Santander 1992, 24-25.

estaban maltratados y desamparados como ovejas que no tienen pastor”. Es decir, Jesús realiza tres acciones secuenciales: Jesús vio, (al ver entendió lo que sucedía), Jesús se compadeció (se sensibilizó, se apropió de la situación, frente al sufrimiento de una multitud maltratada, desamparada y desorientada) y los curó (es decir, ve, siente, comprende y actúa)¹⁴.

Metz hace una crítica profunda a la religión que en nombre de sus doctrinas no se detiene ante los caídos en el camino. Por el contrario, cuando esto se convierte en la norma de acción, se afirma la dignidad inviolable de todos los seres humanos y también la “autoridad de los que sufren”; su situación interpela la conciencia humana y ante ella nadie puede pasar de largo so pena de traicionar lo más precioso de la humanidad: el reconocimiento del otro, la llamada incondicional a la mutua ayuda y la superación de todo lo que afecte la dignidad de cualquier ser humano¹⁵.

Una pastoral así se fundamenta en una espiritualidad de “ojos abiertos”. Según J. B. Metz, “Jesús no enseña una mística de ojos cerrados sino una mística de ojos abiertos, una mística del deber incondicional de percibir el sufrimiento ajeno”¹⁶ y, por lo tanto, trabajar por su transformación. El objetivo en este momento no es profundizar más en los aportes de Metz los cuales ya han sido trabajados en diferentes instancias. Pero lo que se pretende con este planteamiento es afirmar que una lectura teológica de las grandes urbes desde la misericordia nos lleva a una Pastoral urbana de la misericordia que es la que quisiéramos profundizar a continuación.

4. ACTUAR¹⁷: Hacia la ciudad de la Misericordia

Lo que he venido proponiendo es que abordemos la ciudad y tracemos unas líneas de acción de pastoral urbana desde el lugar de los más pobres. Desde las periferias geográficas y existenciales. Desde la autonomía de las realidades terrestres que son donde se juega la “vida digna y plena para todos y todas”. No es en el templo, no es en la doctrina, no es en la liturgia. Todas estas realidades tendrán sentido como ámbito, estructura, teoría o expresión de una praxis de compasión con los más pobres. Allí se pueden encontrar las diversas clases sociales y sentirse denunciadas por ser parte de una estratificación que no construye reino de Dios. Permanecerán los que entren en la praxis de la compasión. Los otros se irán tristes, como el joven rico (Mt 19, 16-30), y como Jesús -quedaremos también tristes- pero no podemos salir detrás a acomodarnos a sus intereses, porque el reino se juega en la vida de los pobres y allí es donde la iglesia tiene su misión fundamental. La propuesta gira entonces en torno a la misericordia como espiritualidad y como praxis.

¹⁴ C. VÉLEZ, A. SIERRA, S. BECERRA, “Espiritualidad urbana de la samaritanidad”, 407.

¹⁵ J.B. METZ, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Sal Terrae, Santander 2007, 171-172

¹⁶ J.B. METZ, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, 177.

¹⁷ Recogeremos principalmente los aportes de A. Camargo.

4.1. *La misericordia como espiritualidad*

La espiritualidad hoy vive interesantes transformaciones. Las personas no buscan la institución pero sí la espiritualidad. La propuesta de una espiritualidad basada en la misericordia nos introduce en lo más central del evangelio y en lo único realmente importante. Mirar y sentir la ciudad desde la compasión–misericordia, es vivirla desde los mismos sentimientos de Jesús. Y como él, convocarla a la justicia, a proteger la debilidad y promocionar lo humano: ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos debajo de sus alas y tú no has querido! (Lc 13, 34).

La Iglesia ha de estar guiada por el evangelio de la misericordia, como afirmo Francisco en la *Evangelii Gaudium* (188). Ese evangelio “escucha el clamor por la justicia” y quiere responder a él con todas sus fuerzas. No es una espiritualidad que se cierre en el intimismo sino que se compromete con la creación de estructuras de justicia. Promueve la solidaridad que no es otra cosa que “devolverle al pobre lo que le corresponde” (EG 189). Y continúa el papa explicando lo que supone el evangelio de la misericordia (EG 193): es un escuchar el clamor de los pobres y que se nos estremezcan las entrañas ante el dolor ajeno. Por eso las bienaventuranzas proclaman felices a los misericordiosos (Mt 5,7). Y la carta de Santiago (2, 12-13) recoge lo más rico de la espiritualidad judía del postexilio, que atribuía a la misericordia un especial valor salvífico: “Rompe tus pecados con obras de justicia y tus iniquidades con misericordia para con los pobres, para que tu ventura sea larga” (Dn 4,24).

El criterio de autenticidad de la espiritualidad para que no sea intimista es la preocupación efectiva por los pobres. Ese fue el criterio para valorar la actuación de Pablo en la carta a los Gálatas, de si Él había corrido en vano o no (2,2) y la respuesta fue “que no se olvidara de los pobres” (2,10). Podemos no saber transparentar el evangelio en su plenitud, pero la opción por los últimos, siempre será signo del reino en una sociedad que descarta y desecha (EG 195).

La espiritualidad que surge de la experiencia de Dios en nuestras vidas, tiene ese signo de la misericordia porque hemos sido acogidos por ella mucho antes de querer ofrecerla a otros (EG 24). A esta espiritualidad de la misericordia también se le puede llamar espiritualidad de la samaritanidad¹⁸ porque es una llamada a actuar como el buen samaritano que movido por la compasión, limpia y cura las heridas, levanta y carga al herido, lo lleva a una posada segura y paga para que lo sigan cuidando hasta que se cure. La interiorización del sufrimiento ajeno genera una re-acción ante el hecho del herido en el camino, no es cumplir con un mandamiento sino moverse por la misericordia; en este sentido, la misericordia tiene la condición de ser principio configurador de todo el actuar humano ante el sufrimiento, al comienzo, durante y después de todo el proceso de acompañamiento a las víctimas¹⁹.

Esta espiritualidad por tanto se compone de tres acciones: ver, sentir, transformar. El ver exige dos movimientos: “mirar y ser mirado” y definitivamente cuando el

¹⁸ Esta categoría se planteó en el Plan Global de Pastoral de Bogotá, 1999-2008. Luego fue retomado por la investigación antes citada. Cf.: C. VÉLEZ, A. SIERRA, S. BECERRA, “Espiritualidad urbana de la samaritanidad”.

¹⁹ C. VÉLEZ, *et. al.*, “El desplazamiento forzado: un desafío a la pastoral (sub)urbana”, 239.

ser humano se permite ser mirado por un rostro que sufre, es tocado por su realidad; dejarse ver implica quedar al desnudo ante los ojos que interrogan y confrontan. Si las iglesias no temieran a la mirada de los niños y niñas, de las mujeres y los varones sin sueños ni deseos que reclaman solidaridad, tal vez se generarían respuestas a sus múltiples sufrimientos, lo que implicaría asumir la responsabilidad de los caídos; por eso tal vez es más fácil tal como lo hicieron el sacerdote y el levita de la parábola, “dar un rodeo y seguir adelante” porque cuando nos permitimos ser mirados y mirar, definitivamente la respuesta es actuar para transformar el sufrimiento.²⁰

4.2. *La misericordia como praxis*²¹

Si nuestro lugar social son los pobres, no podremos pensar en acciones pastorales que no estén aliadas con los movimientos sociales urbanos, las experiencias de base en la integración económica y política de los barrios y los procesos educativos de construcción de ciudadanías. Pastorales en interacción académica y práctica con el diálogo de saberes, el biodiseño, la agricultura urbana y la movilidad sostenible, entre otras formas de interacción urbana.

Nos enfrentamos desde estos ideales al curso de los megaproyectos de vivienda y de centros comerciales, de hidroeléctricas y explotaciones mineras, de segregación social con la explosión de la vivienda en los bordes, de amenazas a la sostenibilidad social y ambiental. Es una quimera pensar en estos desarrollos urbanos como incluyentes de los pobres. Luchar por los lugares de visibilización-humanización de quienes están desplazados o de quienes subsisten en estas zonas, exigirá, desde nuestra visión pastoral, la implementación de políticas educativas de planificación y ejecución a largo plazo.

La teología de lo urbano construye sobre estos procesos su estatuto epistemológico porque están muy dentro de su corazón teológico la vida humana, las comunidades, los más vulnerables a los impactos urbanos y el ecosistema. Es posible entender la pastoral urbana sumida en estas opciones, buscando caminos de interpretación y respuesta a todos estos hechos. El anuncio del evangelio se encarna en estas realidades. Este ejercicio, ya en sí mismo, le da el carácter de urbana a nuestra reflexión teológica y nuestra praxis pastoral.

Desde este horizonte se propone la vivencia de la profecía, la diakonia y la koinonia. Una iglesia capaz de decir una palabra social que contribuya a la construcción de las ciudades con rostro humano y ecología integral. Un servicio de compasión misericordia que interpela y mueve a trabajar para que en las ciudades haya lugar para todos. Y una koinonia que implica soñar con otros modelos de iglesia, de ministerios, de liturgia y de servicios.

El derecho a la ciudad²² se perfila con el tiempo, como uno de nuestros principales retos pastorales. En el marco de las luchas sociales de los pobres, este derecho ha sido definitivo en la construcción de la conciencia social y en la conformación de los

²⁰ C. VÉLEZ, A. SIERRA Y S. BECERRA, “Espiritualidad urbana de la samaritanidad”, 408.

²¹ A. CAMARGO, “Hacia la ciudad de la misericordia”, 249-250.

²² D. HARVEY, *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, Alcal S. A., Madrid 2013.

movimientos sociales urbanos. Estos son sectores pastorales a los que debiéramos estar unidos incondicionalmente en nuestro compromiso con el Evangelio. Propender por un modo de vida urbano, más justo y humano, por la conformación de la corporalidad social y urbana, haciendo visibles a los invisibilizados por la sociedad, la reivindicación de lo público como escenario para fomentar el respeto por la libertad y la dignidad de las personas y sus proyectos de vida; la construcción de la ciudad inteligente, caracterizada por la armonización de tres factores nucleares: la movilidad, la sostenibilidad y la coexistencia; la construcción de ciudadanía como reto impostergable, inspirado desde el evangelio, en la práctica de Jesús que libera y dignifica a la persona (Mt 8, 1-4), superando la brecha entre el campo y la ciudad.

Ver el problema ecológico que engendra la urbanización de las ciudades. El ordenamiento territorial de la ciudad sólo se puede entender en torno de la cesación de agresiones al ecosistema, desde la conservación y preservación y defensa del agua y la supresión de la segregación social. Si no es así está gravemente amenazada la vida. Entrar en este debate y al lado de los indefensos y del ecosistema heridos, es una obligación pastoral. Este es un nuevo escenario, un núcleo teológico urbano.

Muchos aspectos de la vida de la ciudad se hacen insostenibles. En el centro de todas estas situaciones están las personas y su humanidad traída a menos. Se les suele llamar en lenguaje especializado, los sujetos urbanos. Y son realmente eso, sujetos en busca de serlo, son marginales y no hacen parte de las dinámicas de la ciudadanía, por el contrario, se les ve como desadaptados y enemigos de la gente. Están también los colectivos emergentes de sujetos que buscan un lugar en la ciudad, en la ciudadanía, su panorama es amplio, personas en situación de desplazamiento, miembros de la comunidad LGBTI, expresiones urbanas juveniles, vendedores ambulantes, diversos movimientos culturales y políticos urbanos. Todos son emergentes y de alguna manera expresan y reclaman su derecho a la ciudad.

4.3. *Enfatizando algunos otros aspectos*

Nos hemos detenido en el “principio compasión – misericordia” como lugar desde dónde pensar y vivir una pastoral urbana. Ya esto implicaría la tan invocada “conversión pastoral” en el Documento de Aparecida (366.368.370). Pero sabemos que el trabajo es mucho más complejo. Por eso queremos señalar otros aspectos que puedan ayudarnos al impulso y puesta en práctica de una pastoral en las urbes.

Lo que pretendemos es enfatizar algunos aspectos que, a nuestro juicio, son de obligada referencia y que han de señalarse, para asumirlos en un Pastoral urbana que quiere responder con eficacia. Queremos recoger lo dicho hasta ahora y trazar algunas líneas de acción más concretas.

El primer aspecto se refiere a la dimensión teológica del fenómeno urbano. Ya vimos como Aparecida en la brevedad del espacio en que se refiere a este, dedica un espacio a una visión positiva de la ciudad, afirmando la presencia de Dios en ella. Es urgente comprender el fenómeno urbano sin las prevenciones negativas sobre la ciudad, sino rescatando su potencialidad y su capacidad de revelar a Dios en el momento presente. Como expresó el Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* “no digamos que hoy

es más difícil (evangelizar); es distinto” (EG 263) refiriéndose a que algunos dicen que ahora es más difícil vivir la misión pero él les recuerda “que las circunstancias del Imperio romano no eran favorables al anuncio del Evangelio, ni a la lucha por la justicia, ni a la defensa de la dignidad humana”. Por tanto, asumir el fenómeno de la urbe es un desafío actual, con la convicción profunda del Dios siempre presente en la historia.

Un segundo aspecto se refiere a la aproximación sociológica a las ciudades, paso necesario para una comprensión teológica adecuada de las mismas. Sobre la primacía de lo sociológico o de lo teológico hay muchos e intensos debates. Uno de los puntos conflictivos de la teología de la liberación fue la cuestión metodológica, acusándola de sociologismo. Ya en la Conferencia de Aparecida, aunque se avaló el método pastoral latinoamericano “ver-juzgar-actuar” y se reconocieron sus frutos: “este método ha colaborado a vivir más intensamente nuestra vocación y misión en la Iglesia, ha enriquecido el trabajo teológico y pastoral, y en general ha motivado a asumir nuestras responsabilidades ante las situaciones concretas de nuestro continente” (19), no faltaron los esfuerzos por ‘añadirle’ otros aspectos con el ánimo de ‘salvar’ el documento de ese ‘temido sociologismo’²³.

No cabe duda de la legitimidad de señalar los peligros y buscar caminos adecuados. Pero esto no ha de evadir una realidad fundamental: una pastoral urbana que pretenda ser eficaz hoy, necesita una aproximación interdisciplinaria, acercándose con humildad a proponer la percepción de fe -perspectiva fundamental para los creyentes- pero, una más entre otras, para los no creyentes-, buscando ese caminar común y esa colaboración mutua. De hecho, la ciudad se convierte hoy en signo de la presencia del ‘reino’ porque en ella la fe ya no es más el actor principal ni el que guía los destinos. Es un actor entre otros y con humildad tiene que saber dar lo que tiene y, al mismo tiempo, aceptar y unir fuerzas con otros/as. La autonomía de las realidades terrestres (*Gaudium et Spes* 36) continúa acentuándose y los esfuerzos por detener ese fenómeno –invocando la autoridad divina- sólo producen rechazo contra la institución eclesial.

La presencia evangelizadora de la Iglesia en la ciudad debe adoptar la modalidad de diálogo, como categoría teológica, espiritual y pastoral. No se admite más la imposición ni la visión hegemónica. La actitud dialogal ha de vivirse al interior de la comunidad eclesial porque sólo en la medida que sea una realidad en su interior podrá ser creíble en las demás instancias sociales. Así mismo, el servicio de “misericordia” –como hemos dicho- ha de ser la actitud constante con el que la que la Iglesia puede testimoniar el Reino que pretende anunciar.

Un tercer aspecto, en este mismo sentido, es tomarse en serio la calidad de ‘interlocutores’ de los que viven en las urbes. Hay que dejar la mentalidad, muchas veces sostenida en el seno de las Iglesias, de llegar a unos ‘destinatarios’ que parece no saben

²³ Estos intentos de ‘completar’ dicho método pastoral se ven en escritos recientes como por ejemplo en la presentación hecho por Mons. Santiago Silva Retamales, al libro V.H. MENDES, R. ISLAS OLIVERA, B. BRAVO., *Presencia de la Iglesia en la ciudad. A la luz de la misión continental permanente*, CELAM, Bogotá 2014, 11-13, en la que explícitamente afirma: “para que sea teológico-pastoral y no sólo un acercamiento sociológico a las realidades socio-culturales ni una reflexión bíblico-teológica con escasa o nula incidencia en la transformación de vidas y de la historia, necesitamos renovar el método. Para ello habría que introducirle dos innovaciones: a) Compartir, b) ver-contemplar, c) juzgar/iluminar, d) actuar”.

nada y están sumergidos en la ‘más profunda oscuridad’²⁴, necesitando escuchar nuestro mensaje. Ese modelo de evangelizar ya no ofrece más resultados. Por el contrario, el destinatario de la evangelización hoy, es un verdadero ‘interlocutor’ que tiene voz y al que tenemos que ofrecerle un mensaje respetando sus búsquedas, acompañando sus sueños y expectativas, más aún, poniéndonos en camino para juntos encontrar al Dios que se anuncia. Esto, en otros términos, es afirmar que el evangelizador por excelencia es el Espíritu, del que todos somos destinatarios y, por tanto, todos evangelizados. ¿Llegaremos a ese momento de ponernos en camino y discernir con “otros” (no creyentes y no confesionalmente creyentes) las voces del Espíritu en las grandes ciudades?

La apertura interdisciplinaria, por tanto, se concibe como mediación fundamental para ampliar los contenidos, las perspectivas y las herramientas de análisis e interpretación de la vida urbana. Para responder a los desafíos de la ciudad hay que comprenderla profundamente desde diferentes dimensiones. El pastoralista no puede ser un experto en la ciudad pero si ha de aprender a trabajar con otros, a entender sus aportes, a sumar fuerzas con otros.²⁵

Un cuarto aspecto, es la necesidad de vivir la pluralidad cultural y religiosa como un hecho irreversible y una apuesta irrenunciable. Definitivamente, hemos de asumir el contexto plural en el que hoy se mueve la humanidad. Con respecto a la ‘pastoral urbana’, esta expresión en singular sólo puede apuntar a una visión plural y llena de caminos distintos, según las configuraciones actuales de las urbes. Ni su extensión, ni el número de habitantes, ni los recursos de que dispone, ni la realidad geográfica, hacen homogéneas las ciudades ya que todas ellas son producto cultural de los seres humanos que las habitan en cada determinado lugar. Sin duda, por la globalización imperante, muchos referentes podrán ser iguales y, en una primera visión, podremos encontrar muchas similitudes. Pero considerando las ‘culturas’ particulares que se tejen continuamente en el devenir humano, no podemos más que asumir esa pluralidad y responder a ella. En este ítem se inscriben, lógicamente, lo que antes llamamos ‘ciudades invisibles’ o lo que también podríamos llamar ‘subculturas’ dentro de las culturas. Esto implica que no se puede hablar de una pastoral urbana uniforme y válida para todas las realidades, sino una diversificación capaz de acoger las diversidades y responder con creatividad a esas diferencias.

Un quinto aspecto, supremamente importante, es la visión de género que debe acompañar toda acción pastoral y, por supuesto, la reflexión sobre pastoral urbana. Este aspecto no se señala y parece no caerse en cuenta que en las ciudades, la mitad de sus habitantes son mujeres y ellas han estado confinadas, durante siglos, al ámbito de la vida privada. En otras palabras, las ciudades se han construido sin ellas. Y ahora que la situación va cambiando y la mujer comienza a ocupar el espacio público, ¿Qué puede

²⁴ En muchas homilias los sacerdotes invocan la condición desesperada, triste, oscura de la persona que no vive cristianamente, creyendo que con eso las personas van a responder al mensaje que anuncia. En realidad, muchas personas viven muy felices y no es por es por esa vía, como se podrá conseguir la recepción del mensaje que se anuncia.

²⁵ El libro *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*, (en línea) <http://bdigital.unal.edu.co/782/> (Consulta del 24 de diciembre de 2018), refleja la preocupación de las diferentes disciplinas frente al fenómeno urbano. Allí se convocaron historiadores, literatos, artistas, sociólogos, filósofos, etc. Sin embargo, surge una pregunta: ¿Por qué no invitaran a los teólogos a estos espacios de reflexión? Este es el desafío de una teología capaz de dar una voz pública ante estas realidades que interesan a todos.

significar esto para una pastoral urbana? ¿Qué tanta atención le presta la pastoral urbana a esta realidad? ¿De qué manera asume una visión de género que responda a esta nueva configuración de las ciudades desde una participación más plena de las mujeres en ellas?²⁶ Uno de los aspectos que se están trabajando en otras disciplinas al hablar de “ciudad y mujer” es el reconocimiento de la violencia e inseguridad que las mujeres sufren en las ciudades, de ahí la necesidad de una mirada de género que explicita esa realidad y favorezca políticas que permitan la equidad de varones y mujeres en las ciudades.²⁷

Lo anterior no significa que en la acción pastoral de las Iglesias no haya presencia de mujeres y su aporte a la reflexión urbana no comience a ser significativa²⁸. Sin embargo lo que estamos enfatizando es ser capaces de asumir la ciudad con perspectiva de género para deconstruir los imaginarios patriarcales que no visibilizan la participación social y política de las mujeres en las urbes y construir una nueva manera de leer y promover los espacios urbanos como lugares inclusivos de varones y mujeres, con iguales posibilidades y llamados a la construcción conjunta del fenómeno urbano actual.

Un sexto aspecto se refiere a la violencia urbana que aumenta en las grandes ciudades y que refleja la desigualdad social existente y la necesidad de enfrentarla no solo con el poder de la fuerza sino con el poder de la misericordia y la transformación de la realidad que la genera:

“La vida social, en convivencia armónica y pacífica, se está deteriorando gravemente en muchos países de América Latina y de El Caribe por el crecimiento de la violencia, que se manifiesta en robos, asaltos, secuestros, y lo que es más grave, en asesinatos que cada día destruyen más vidas humanas y llenan de dolor a las familias y a la sociedad entera. La violencia reviste diversas formas y tiene diversos agentes: el crimen organizado y el narcotráfico, grupos paramilitares, violencia común sobre todo en la periferia de las grandes ciudades, violencia de grupos juveniles y creciente violencia intrafamiliar. Sus causas son múltiples: la idolatría del dinero, el avance de una ideología individualista y utilitarista, el irrespeto a la dignidad de cada persona, el deterioro del tejido social, la corrupción incluso en las fuerzas del orden, y la falta de políticas públicas de equidad social” (DA 78).

Esta desigualdad social y la violencia en tantas formas, no puede obviarse a la hora de pensar una pastoral en las grandes urbes porque si hay que atender a alguien en la pastoral urbana es a las personas y, en las grandes urbes, gran parte de ellas está

²⁶ Para un tratamiento más detallado de este tema: C. VÉLEZ, “Ciudad y mujer: una apuesta evangelizadora”: *Revista Medellín* 39 (2013) 453-471.

²⁷ Un interesante estudio sobre este tema Cf. A. FALÚ, (ed.), *Mujeres en la ciudad. De violencias y derechos*, Ediciones Sur, Santiago de Chile 2009.

²⁸ Cabe destacar que experiencias de Pastoral urbana como “Las casitas Bíblicas” en Bogotá, Colombia, Cf. http://www.kaired.org.co/index.php?option=com_content&view=article&id=164:video-de-las-casitas-biblicas&catid=1:latest-news (Consulta del 24 de diciembre de 2018), son ejemplo de participación activa de las mujeres en la evangelización en la urbe. También, a nivel de reflexión teológica es importante ver la bibliografía que este mismo artículo señala, donde se constata la presencia femenina en este campo pastoral.

formada por personas pobres y, muchas de ellas, excluidas, de ese entorno y, en muchos casos, las primeras víctimas de la violencia que se extiende en las urbes. Pero aquí viene un aspecto que también es necesario profundizar y que parte de la siguiente afirmación de Aparecida, al referirse a cómo debe ser la Pastoral Urbana: “capaz de atender a las variadas y complejas categorías sociales, económicas, políticas y culturales: pobres, clase media y élites” (517b). Sin duda esas categorías sociales reflejan la realidad social como ella es y el evangelio es una buena noticia para todos. Pero ¿Desde dónde? Este es un aspecto que amerita una reflexión muy seria y, sin duda, una profunda ‘conversión cristológica’.

El cristianismo se institucionalizó de tal manera que parece que cada uno desde la clase social en la que se sitúa, puede vivir como cristiano, sin sentirse afectado en ese aspecto por su experiencia de fe. Pero cuando se mira la praxis de Jesús, su anuncio del reino, las cosas son bastante distintas. Prima la opción preferencial por los pobres tal y como lo expresó Benedicto XVI en el discurso inaugural de la Conferencia de Aparecida y esta lo consignó en el número 392:

Nuestra fe proclama que ‘Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre’. Por eso ‘la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza. Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (cf. Hb 2, 11-12). Ella, sin embargo, no es exclusiva, ni excluyente.

Muchos otros signos podrían destacarse de la realidad urbana. Sin embargo interesa profundizar en la necesidad de evangelizar en este nuevo escenario y los aportes de Aparecida, en este sentido, son muy valiosos y urgentes de llevar a la práctica. Somos conscientes de que la ciudad ya no transmite la cultura cristiana como si lo hacía, en el pasado, el ambiente rural. Y decimos, ‘en el pasado’ porque hoy también se constata que los medios de comunicación y la globalización han llevado los valores y prioridades de la ciudad al campo y, tanto las influencias positivas como negativas, se pueden observar en los ambientes rurales. Como dice Aparecida “Esta mentalidad urbana se extiende también al mismo mundo rural” (DA 510).

Esto nos sitúa en un nuevo horizonte evangelizador. No se parte de una tradición ‘dada’. Se exige un verdadero camino de catecumenado que introduzca a las personas en la fe. Hay que propiciar los ámbitos donde se pueda convocar a otros a esta experiencia. Además esta iniciación ha de hacerse en un contexto plural. Sólo la significatividad de la misma puede resultar atractiva y convocante en medio de la diversidad de posibilidades.

La ciudad se presenta entonces como un campo en el que hay que estrenar ‘nuevos’ caminos evangelizadores. En este sentido, la libertad (*parresía*) es fundamental en el anuncio, para que se llegue a las raíces de la novedad, y no se repitan esquemas tradicionales, que aunque puedan haber dado muy buenos frutos, hoy no dicen lo que entonces decían. De allí la necesaria libertad profética, para hablar en nombre de Dios, y decir su palabra necesaria para la hora actual. La novedad exige libertad, con el riesgo de equivocarse, pero siempre con la búsqueda de fidelidad al Reino para que lo

sembrado -aunque pequeño e insignificante- crezca como el grano de mostaza (Mt 13, 31-32). El temor siempre es paralizante, y no puede entender ni afrontar el desafío de la novedad. Esa libertad es fruto del Espíritu, que es el que “hace nuevas todas las cosas” (Ap 21,5 citado en DA 515).

5. Conclusión

Hemos querido afirmar aquí que las ciudades son lugar teológico que nos interpelan y que la fe en Jesús nos lleva a situarnos en el lugar desde donde él se situó: los pobres. Desde ellos, mirar la complejidad y multitud de desafíos que nos lanzan las grandes ciudades. Señalamos la injusticia social, la autonomía de las realidades terrestres, la pluralidad cultural y religiosa, la realidad de la mujer, el problema ambiental, la urgente conversión pastoral y eclesial. Y propusimos el conocido principio compasión misericordia como una respuesta eficaz para comenzar una transformación pastoral. Tal vez no se ha aportado mucha novedad. Tal vez lo nuevo está en exhortar a que pongamos en práctica el evangelio de la misericordia, también en las grandes ciudades, donde su desarrollo y tecnología nos deslumbran pero en las que los cinturones de miseria nos convocan a detenernos en el camino y trabajar por la transformación de la realidad. ¿Estamos dispuestos a correr el riesgo de apostar por la construcción de ciudades de la misericordia? que nuestra praxis decida si es posible.